



ACTO I

La acción pasa en la ciudad de Chihuahua el día 26 de noviembre de 1919. Fachada del Teatro de los Héroes. La escalinata que va de la plaza al Teatro de los Héroes, debe ocupar el proscenio. Las grandes puertas del teatro están cerradas. Sólo la puerta central ha quedado entreabierta y es guardada por varios centinelas. A través de las puertas de cristales, se ve el vestíbulo del teatro con candiles de cristal, muros tapizados de seda roja, espejos de marcos dorados y bancos laterales de terciopelo rojo. Al fondo del vestíbulo los cortinajes rojos ocultan la entrada a la sala de espectáculos. Son las siete de la mañana.

Entran El General Diéguez y el Coronel Bautista. Vienen cubiertos de gruesos capotes militares de invierno. Diéguez se detiene en la escalinata y distraído empuja con el pie algunos restos de la nieve que ha caído la noche anterior. Son las siete de la mañana.

Diéguez: Coronel, no me parece que el teatro ofrezca mucha seguridad.

[El General muy preocupado, mira hacia las puertas de vidrio que dan acceso al teatro.]

Bautista: He hecho todo lo posible, y más, mi general.

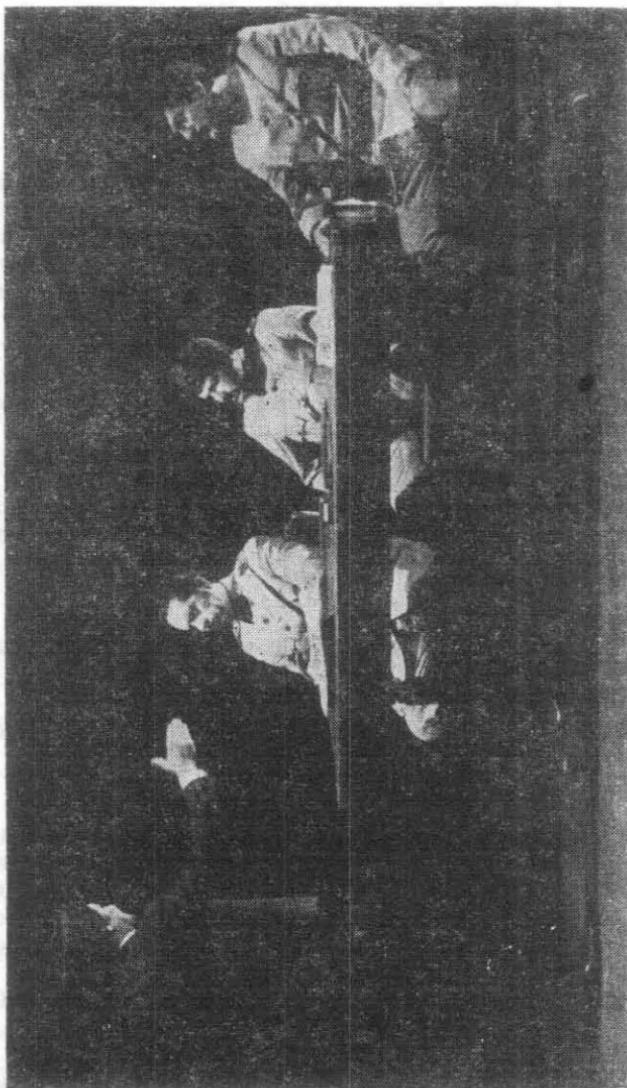
Diéguez: La llegada del prisionero va a provocar un motín . . .

Bautista: Desde anoche las tropas de refuerzo están acuarteladas.

Hoy al amanecer, los soldados barrieron a culatazos a la gente que quiso tomar el teatro por asalto, cuando ya en la sala no cabía ni un alma. Despues limpiamos de revoltosos los alrededores y la tropa cerró las bocacalles.

Diéguez: El hombre es contradictorio. Anoche al llegar a Chihuahua, me sorprendió la multitud hostil que se cerró a mi paso. Hasta pensé que no saldría con vida.

Bautista: Esta es la ciudad de Francisco Villa y de aquí salió el General Felipe Angeles a tomar Zacatecas. Eso no lo olvidan. Anoche lo esperaban a él, y verlo a usted los enojó, mi general.



Francisco Mauri, como el abogado Gómez Luna. Eugenio Cobo, como el General Gavira. Miguel Rodarte, como el General Escobar. César Brito, como el General Acosta.

Diéguez: Es cierto, esperaban al tren del prisionero. El pueblo ya no se ve en nosotros, es como si hubiéramos caído detrás del espejo.

Bautista: Despues de tres años de destierro, Felipe Ángeles les ha vuelto a la memoria.

Diéguez: Sí, y ahora vuelve seguido del rumor de sus batallas, escoltado por sus guerreros muertos y resucitados hoy, para entrar con él a Chihuahua. No se resignan a ver en el prisionero de hoy al héroe de ayer. ¡Y en México se empeñan en ignorar que este juego es peligroso!

Bautista: ¿En México?... Allá se limitan a girar órdenes y a darse buena vida.

Diéguez: Ven al mundo desde la lejanía del poder. Deberían estar aquí y ver mi mesa inundada de telegramas de Francia, de Estados Unidos, de Inglaterra. El mundo entero pide clemencia para Felipe Ángeles, el gran matemático, el gran estratega, el maestro; deberían ver también la ola de descontentos que avanza por la ciudad y que amenaza con tragarnos a todos.

Bautista: Todo eso, mi general, me asegura que su sentencia de muerte es irrevocable, aunque parezca difícil matarlo, no queda otra.

Diéguez: He pedido que el juicio sea rápido. ¡Al mal paso darle prisa! ¿Usted, Bautista, se da cuenta de que éste no será un fusilado cualquiera?

Bautista: Sí... Pero, si usted se da cuenta de esos peligros, mi general, ¿por qué no acepta la suspensión del juicio concedida por la Justicia del Congreso de la Unión?

Diéguez: ¿Está usted loco Bautista? ¿Cómo se atreve a aconsejarme que contravenga las órdenes expresas del Primer Jefe? [Entra Sandoval y al ver al general, se queda a una distancia respetuosa.]

Bautista: Entonces lo mejor es acabar cuanto antes.

Diéguez: Muerto el perro se acabó la rabia.

[Diéguez se vuelve a Sandoval.]

Diéguez: ¡A ver tú, Sandoval! ¿Cómo te sientes en tu uniforme nuevo?

Sandoval: [Avanzando.] Ya ve, mi general, la suerte...

Diéguez: ¡Qué suerte ni qué niño muerto! A mí no me vas a hacer creer la historia que contaste a los periódicos. Todos sabemos que si no fuera por el chaquetero de Félix Salas, no andarías tú vestido de oficial.

Sandoval: ¡Que ni qué, que está usted diciendo la verdad, mi general!

Diéguez: Salas desertó de su General Ángeles, para entregarlo y ganar el dinero que ofreció el Primer Jefe por su captura.

Sandoval: ¡Así fue, mi general! Y muy honradamente, así me lo confesó cuando vino en busca de tropa para ir a aprehenderlo. Como yo estaba de Defensa Social del punto, a mí me tocó salir en su busca . . . Por eso le dije, mi general, que había yo tenido suerte.

Bautista: ¿Y qué vas a hacer con los diez mil del águila que te van a pagar por tu buena suerte?

Sandoval: ¡Ah, qué mi coronel, el dinero es algo que nunca le sobra a un pobre!

Diéguez: Si quieras cobrar tu dinero, tus declaraciones deben de ser útiles al Primer Jefe.

Sandoval: Mire, mi general, la verdad es que yo salí de noche en busca de los alzados, para que no se echara de ver mi paso. Así me acerqué al valle de los olivos donde Félix Salas me dijo que estaban acampados . . .

Bautista: [Interrumpiendo.] ¿Y Salas se rajó? ¿No fue contigo?

Sandoval: Yo diría que sí . . . tal vez sentiría feo de ver que agarraban a su Jefe . . .

Diéguez: O a lo mejor le dio miedo.

Sandoval: ¡A lo mejor! Contaba yo con llegar antes de rayar el día para agarrarlos dormidos. Usted sabe, mi general, que aunque no más eran cinco, era gente de peligro.

Diéguez: ¡Caray! Eres muy prudente.

Sandoval: Pero no di con ellos hasta las once. Iba yo venteando, ya con cuidado a causa de la luz del sol, ¡cuando voy viendo un humito! Nos quedamos silencios. Desmonté a diez de mis hombres para que se acercaran a rastras y esperé en el chaparral, aguantando los latidos de mi corazón.

Diéguez: ¿Y no había nadie más?

Sandoval: Nadie, mas que los cerros y nosotros. Dice mi gente que alcanzó a ver a la mujer de Salas curando al difunto Muñoz, cuando éste gritó: ¡Ahí están ya!

Diéguez: ¡Hicieron fuego sobre ustedes?

Sandoval: ¡Qué va, mi general! Al contrario, nosotros hicimos fuego sobre ellos y cayeron dos que no tenían las señas del General Ángeles, porque yo quería agarrarlo vivo.

Diéguez: [Disgustado.] ¿Y a ti quién te ordenó que lo agarraras vivo?

Sandoval: Nadie, pero me gustaba más traerlo vivo que muerto, mi general.

Diéguez: A ver si no te cuestan caros tus gustos. ¿Qué pertrecho encontraron?

Sandoval: Casi nada, mi general. Unos 30-30 y unas chaparreras. Luego tuvimos la mala suerte de entrar a Parral con el prisionero en 20 de noviembre . . .

Diéguez: [Molesto.] Las fechas son supersticiones.

Sandoval: No se crea, mi general, la gente se desencaminó mucho. Hubiera usted oído cuando gritaban . . . bueno, igualito que acá en Chihuahua.

Diéguez: No te preocunes por lo que griten. Tú lo único que tienes que hacer es declarar que Ángeles y sus hombres hicieron fuego sobre ustedes. ¡No lo olvides, son órdenes superiores!

Bautista: A ver si tienes cara en el juicio, cuando el mismo General Ángeles te desmienta.

Diéguez: Después haremos las gestiones para que te paguen: ahora sube al teatro, ahí te dirán a donde deberás esperar.

Sandoval: [Cuadrándose.] ¡A sus órdenes, mi general!

[Sandoval sube las escaleras, atraviesa la puerta central, cruza el vestíbulo y desaparece por las cortinas del fondo. Sale.]

Diéguez: [Mirándolo alejarse.] ¡Este cobarde de Sandoval debió matar a Ángeles! Muerto, nos hubiera evitado este juicio, este mecate, que todavía se nos puede enredar entre las patas.

Bautista: No temá nada, mi general. Es el juicio de un muerto, mañana lo veremos tendido.

Diéguez: A Salas, a estas horas no le debe llegar la camisa al cuerpo. ¡Conozco a los vendidos!

Bautista: ¡De verdad que traidores hay de sobra!

Diéguez: La traición nos ronda, nos aguarda a cualquier hora y en cualquier esquina. Y todos hemos ido terminando así y ninguno de nosotros tendrá un final distinto. Da lo mismo llamarle Zapata, Ángeles o Madero . . .

Bautista: Si uno lo piensa da escalofrío . . . o miedo. ¿Verdad, mi general?

Diéguez: ¡Miedo? . . . No, coronel, es la espera. No sabemos qué ni a quién, pero esperamos. Tal vez sólo esperamos al traidor . . .

Bautista: No temá nada, mi general, yo soy su amigo, usted me ha encargado la seguridad del preso y no se escapará, porque para él ya llegó su última mañana. Después a ver cómo nos toca.

Diéguez: [Mirando su reloj de pulsera.] ¡Las siete y cuarto! Los generales del juicio sumario no tardarán en llegar a Chihuahua. El tren del prisionero entra en la estación dentro de veinte minutos.

Bautista: Me voy, mi general. A ver si cuando baje Ángeles del tren no se amotina la plebe en la estación. [Se ríe.] Mañana, mi general, diremos otra vez: ¡Sobre el muerto las coronas!

[Sale Bautista. Diéguez lo ve irse y se dispone a subir las gra-

das del teatro cuando entran por el lado opuesto del proscenio las señoras Revilla, Seijas y Galván.]

Señora Revilla: ¡General Diéguez, lo hemos buscado toda la noche!

Diéguez: [A mitad de las gradas.] Lo ignoraba, señora: nunca me hubiera privado de su presencia. [Diéguez baja las gradas y hace una reverencia a las señoras.]

Señora Seijas: Nos envían los comités Pro-Felipe Ángeles a pedir la vida de su prisionero.

Diéguez: No es mi prisionero, señoras, sino el prisionero del Gobierno. ¿Son ustedes parientes del General Ángeles?

Señora Galván: No señor, la familia del General Ángeles está en el destierro, usted lo sabe, y el Gobierno no deja cruzar la frontera a su hermano.

Diéguez: Perdón señora. Veo que vienen impulsadas por la piedad.

Señora Revilla: No, general, la justicia se parece poco a la piedad.

Diéguez: Señora, merecio de ser hombre que conoce la justicia, ya que estoy encargado de impartirla.

Señora Galván: ¿A organizar esta función de teatro le llama usted justicia, general?

Señora Seijas: La confunde usted con el terror.

Diéguez: A veces el rostro de la justicia es aterrador... pero, no es mi propósito discutir con señoras. ¿En qué puedo servirlas? No entiendo lo que me piden.

Señora Revilla: Pedimos un juicio legal. Tiempo, defensores, o bien la suspensión del juicio, ya que éste ha sido declarado ilegal por la Justicia de la Unión.

Diéguez: No está en mis manos satisfacer sus deseos, señoras.

Señora Galván: Pero sí está en sus manos formar un tribunal compuesto por generales adictos al régimen.

Señora Seijas: ¡Y esta prisa por anunciar la traición del General Ángeles! Se diría que están ustedes llenos de miedo.

Diéguez: Vivimos en un tiempo que va más de prisa que nosotros, señora. El gobierno no puede gastar muchos días en el caso de un general traidor a la Revolución.

Señora Revilla: General, antes de afirmar que su prisionero es traidor, debe usted probarlo.

Diéguez: ¿Pide usted pruebas? Las tendrá hoy mismo.

Señora Revilla: ¿El tribunal encargado de condenar a muerte a Felipe Ángeles me las va a dar?

Diéguez: Es un tribunal formado por antiguos compañeros de armas del acusado.

Señora Seijas: Amigos en el poder, dispuestos a conservarlo aun a costa de su honor.

Diéguez: ¡Señora!... Hay hechos que usted olvida: la Revolución triunfó y ella es la única que puede absolver o condenar a sus enemigos.

Señora Revilla: ¡La Revolución? ¿Llama usted la Revolución a una camarilla de ambiciosos que están sacrificando a todos los que se oponen a sus intereses personales?

Diéguez: [Seriamente.] Señora, yo no puedo ayudarlas. No comparto sus opiniones políticas. Consulten con un abogado, el prisionero todavía no ha pedido defensores.

[Por el lado izquierdo del proscenio entran poco a poco los generales del Consejo de Guerra. Ven a Diéguez acompañado de las señoras y permanecen alejados.]

Señora Galván: ¿Preparar la defensa de un condenado a muerte? ¿Así, sin tiempo, en unas cuantas horas?

Diéguez: Tengo entendido que la barra de abogados de Chihuahua forma parte de los Comités Pro-Felipe Ángeles. Ahí pueden encontrar a mejores consejeros que yo. [Diéguez mira en dirección de los generales y trata de separarse de las señoras.]

Señora Revilla: ¿Y nos concederá hablar con su prisionero?

Diéguez: [Mirando hacia los generales.] Cuantas veces lo juzguen necesario. El prisionero estará aquí antes de las ocho de la mañana. Me perdonan, pero debo atender a los señores generales del Consejo de Guerra. ¡A los pies de ustedes, señoras!

Señora Revilla: Gracias por su consejo, iremos a buscar abogados. [Diéguez se inclina ante ellas y luego se dirige hacia los generales.]

[Las tres señoras salen. Diéguez avanza y abraza a los generales: Gavira, Acosta, Peraldo, García y Escobar.]

Diéguez: [A Gavira.] ¡General Gavira!

Gavira: [Abrazándolo.] ¡No se quejará usted, aquí nos tiene a todos! Hemos hecho jornadas dobles, como en los buenos tiempos. [Se estrechan todos la mano.]

Diéguez: No me quejo, antes me maravilla su exactitud. Y aquí entre nosotros, temía por el General Escobar. [Se ríe.]

Peraldo: También yo venía pensando en él. Para llegar aquí, había muchas piedras en su camino.

Escobar: ¡Ni tantas! Los ejércitos se han desgranado como maizorcas de maíz. Ya ven ustedes, a un Ángeles, que mandó a miles, lo han cogido con dos o tres hombres en estos andurriales del norte.

Acosta: Apenas puede creerse... yo no quería venir para no pegarme el chasco. [Se ríe.]

García: Lo agarraron como pajarito.

Escobar: Eso es lo que no entiendo. Si estaba desterrado y su facción en la derrota, ¿a qué volvió a México?

Gavira: No creyó en su derrota. En Parral hasta se declaró Presidente de la República.

Escobar: ¡No es verdad! Angeles es demasiado inteligente para hacer tal disparate.

Gavira: General Escobar, me asombra que diga usted eso, Ángeles es sólo un disidente, como Francisco Villa y Emiliano Zapata.

Peraldo: No, General Gavira, no es el mismo caso, esos dos empezaron como bandidos y así han acabado. En cambio Ángeles es militar de carrera, hizo sus estudios en Francia. ¿No se acuerda de él? ¡Tan pulcro! ¡Tan callado! Se nos separaba después de las batallas y se iba a vagar solo...

Gavira: ¡Claro que me acuerdo de él, compañero! Nunca supe qué lo llevó a la Revolución; en cambio sí sé qué fue lo que lo hizo traicionarla.

Acosta: No, General Gavira, Ángeles era sincero. A pesar de que es cierto, que siempre nos puso una distancia. Yo la sentía.

No sé cómo el General Francisco Villa llegó a quererlo tanto...

Peraldo: Yo no creo que nos malquisiera, nada más era diferente. Tenía sus manías: antes de los combates se bañaba, porque creía que había que ir limpios a la muerte.

Gavira: [Riéndose.] ¡Pues a ver, General Diéguez, váyale preparando su tinita y su loción!

Diéguez: [Serio.] No se dejen llevar por sus recuerdos. Para poder hacer justicia, hay que obrar como si nunca lo hubiéramos conocido.

Gavira: No, general, ¡hay que recordarlo todo! Ángeles fue siempre un ambicioso. Un militar postergado por el antiguo régimen, que creyó encontrar su oportunidad uniéndose a las filas revolucionarias. Eso lo descubrió el Primer Jefe desde el principio y lo inutilizó. Entonces se fue con Villa creyendo que iba a poder manejarlo contra el Primer Jefe. Él es uno de los causantes de la división entre los revolucionarios.

Escobar: No nos hagamos tontos, General Gavira. La enemistad del Primer Jefe por Ángeles es un incidente personal, una cuestión de antipatía. La verdad es que Ángeles ganó todas las batallas y así se ganó la Revolución... Después nos dividimos...

Acosta: Durante la Convención buscó la alianza con Zapata...

García: ¿Y qué? Zapata era un revolucionario y todos fuimos convencionistas.

Gavira: Dejemos ese punto aparte, General García. La actitud levantista de Ángeles no data de la Convención, sino que viene de más lejos. ¿Ya no recuerdan que antes de la batalla de Zacatecas se enfrentó con el Primer Jefe, con el pretexto de que el pueblo no necesitaba caudillos sino ciudadanos?

Escobar: Sí, general, pero él ganó la batalla y con ella ganó la Revolución.

Gavira: ¡General Escobar, no están en discusión los méritos guerreros de Ángeles, sino su conducta política!

Acosta: ¡No se exalten, compañeros! . . . ¿No sería más prudente continuar la discusión más adelante?

Diéguez: [Con aire solemne.] Tiene razón el compañero Acosta. No es hora de discutir. El General Juan Barragán, Ministro de Guerra, me ordenó que los llamara a todos ustedes para que, reunidos en Consejo Extraordinario, juzgaran al General Felipe Ángeles, culpable del delito de rebelión militar. Y ustedes saben señores, el rigor con que castiga la ley de nuestra profesión a un oficial de alta graduación, que se rebela contra las instituciones públicas y olvida el honor jurado. [Cambiando de tono.] Siento tener que hablarles en esos términos, pero he recibido instrucciones concretas de México.

Escobar: [Señalando el teatro.] Ahora me explico por qué vamos a juzgarlo en un teatro.

Diéguez: [Serio.] ¿Qué quiere usted decir, general?

Escobar: ¡Nada! Que a mí me cuesta trabajo aprenderme los papeles de memoria.

Gavira: ¡Rechazo las insinuaciones del compañero Escobar!

Diéguez: Por supuesto que están ustedes en absoluta libertad para juzgar al reo y serán la ley y sus conciencias las que decidan su suerte, que desde luego ahora queda en sus manos.

Acosta: ¿Ese es el camino a seguir?

Escobar: ¡De verdad que esto es un entierro! Compañeros, nos han reunido aquí para dar fe de su cadáver.

Peraldo: ¡Caray, a mí me duele condenar a muerte al General Ángeles! Y más en el nombre de la disciplina militar. ¡Ha sido un general tan brillante!

Escobar: Si hubiéramos pensado en la disciplina militar, jamás hubiéramos tomado las armas.

Gavira: Era diferente. En ese tiempo nos alzamos contra la usurpación y además nos jugábamos la cabeza.

Escobar: Felipe Ángeles también se la jugó entonces.

Diéguez: Y se la juega ahora, pero contra la Revolución. Usted, General Escobar, se empeña en no ver el aspecto político del

caso. Ángeles lucharía contra su sombra, si su sombra tomara el mando. No odia a Carranza, odia al Jefe. No entiende a su pueblo, ni entiende a su momento. Esta hora es hora de caudillos, a cuya sombra se cobijan los demás, los débiles o los que han renunciado al pensamiento. A estos les gusta descansar en el fuerte. ¡Y Ángeles, el iluso, cree que hay que acabar con los jefes! No se da cuenta de que para acabar con los jefes es necesario un jefe que los mate a todos.

Escobar: Sí, hasta que venga otro jefe y lo mate a él. ¡Ya me convenció General Diéguez, pero confieso que no hicimos la Revolución para esto. [Escobar sube las gradas de la escalinata.] ¡Vamos a ocupar nuestros sitios, señores! ¡Este es un juego con un final de sangre, y hay que jugarlo aunque sepamos que la muerte es el único premio de esta lotería! ¡Ojalá, General Diéguez, que no tenga yo que asistir a su función teatral!

[Los centinelas abren de par en par las puertas centrales de cristal del vestíbulo. Antes de cruzarlas, Escobar se vuelve a Diéguez y se ríe. El General García le sigue de muy cerca.]

Diéguez: [En voz muy alta.] ¡Falta mucho para ese estreno, General Escobar!

García: [A Diéguez, en voz muy alta y desde arriba de las gradas.] ¡Aviséme para apartar mi palco!

[Escobar y García entran al vestíbulo del teatro y conversan animadamente.]

Acosta: ¿Qué me dice usted, compañero Peraldo? ¿Usted que se tocaba tanto el corazón?

Peraldo: [Tomando a Acosta por el brazo y empezando a subir las gradas.] Que a veces los recuerdos nos traicionan... y que a veces no entiendo en qué hemos convertido a la Revolución.

[Acosta y Peraldo entran al vestíbulo del teatro, Escobar y García se dirigen hacia las cortinas del fondo del vestíbulo, las cruzan y desaparecen.]

Diéguez: Lo felicito, Gavira, los convenció a todos, usted debió haber sido licenciado.

Gavira: Usted fue el que los amansó. ¡Ya ve que hasta Escobar se dobló!

Diéguez: ¡Escobar? No estoy seguro, general... y a decir verdad, no estoy seguro de haber convencido a ninguno... pero, le aseguro que va a ser difícil que Escobar asista a mi Consejo de Guerra: en cambio a él no se la fío muy larga.

Gavira: ¡Con qué humor lúgubre se levantó hoy, compañero!

Diéguez: En días como éste no tengo otro mejor. Hay que matar pronto a Ángeles... El teatro está repleto de partidarios suyos y ya verá usted como se pone cuando él hable. El juicio es ilegal, ha sido suspendido por un Juez y el Primer Jefe insiste en matar con el código en la mano. ¿No se dará cuenta de que no engaña a nadie? Hubiera sido mejor matarlo en el campo y decir que había muerto en una escaramuza. Pero quiso darse el gusto de matarlo en el nombre de la ley y de la Revolución, como si quisiera matarlo totalmente, y nada más está enseñando demasiado el juego.

Gavira: Cuando la carta es buena hay que enseñarla. ¡Tenemos un as en la mano! ¡Matarlo en el campo era desaprovecharla! Debemos hacer una demostración de fuerza delante de los sentimentales y de los ilusos, como decía usted, general.

Diéguez: Pero, ¿no comprende, general, que el crimen de matar a Ángeles justificará muchos asesinatos en el futuro? El mío, el de usted, el de Carranza... y mientras tanto la opinión mundial y el país entero piden clemencia. Y no hay respuesta. El Primer Jefe no responde.

Gavira: Ni responderá. Hay que amansar a muchos todavía. Y verá usted que en el futuro, nadie discutirá la razón que le asistió.

Diéguez: Se equivoca, Gavira. Esta muerte no quedará clara; porque Ángeles es un revolucionario y todavía no está claro si fuimos nosotros o ellos los disidentes. Nosotros abandonamos a la Convención que era el poder supremo al que habíamos jurado defender.

Gavira: Compañero, ¿quería usted que nos quedáramos en manos de Villa y de Zapata? Además, hicimos la Constitución. ¿O pone usted en duda la legalidad del régimen constitucional?

Diéguez: Yo no pongo en duda nada. Me pregunto por las consecuencias de este acto.

Gavira: Nosotros ganamos la partida. Los vencidos nunca tienen razón. La historia está con nosotros.

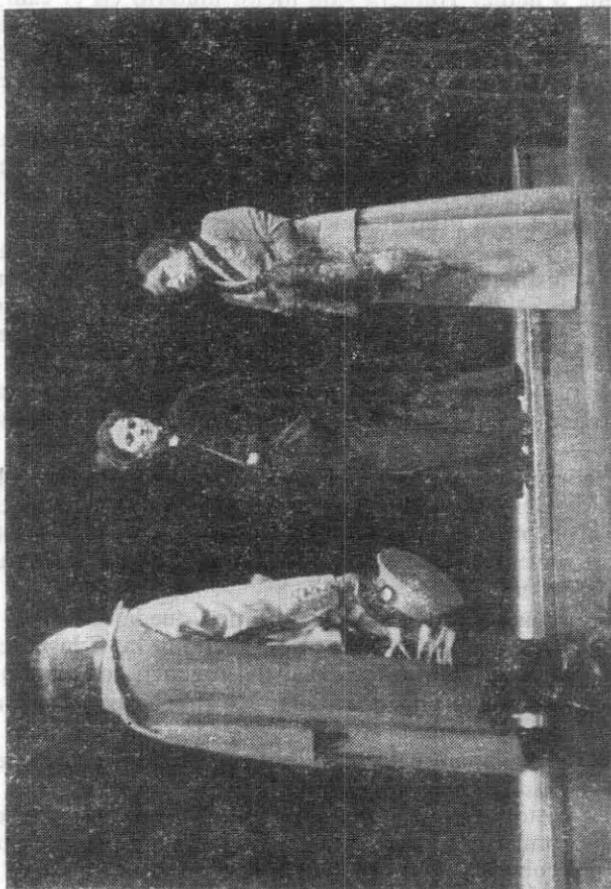
Diéguez: La historia es una puta, general. No hay que fiarse de ella. Y este muerto es muy grande, no vamos a tener bastante tierra para cubrirlo.

Gavira: No lo entiendo, General Diéguez.

Diéguez: Tampoco yo me entiendo. ¿Usted cree que Ángeles entiende algo? Aunque quizás todo se vuelve claro para los que van a morir.

Gavira: Y a propósito, todavía no me dice usted dónde se encuentra el prisionero.

Diéguez: La escolta que viene con él no debe tardar en llegar.



Manuel Armenta, como el General Diéguez. María Luisa Garza, como la señora Seijas.

Teresa Valenzuela, como la señora Revilla.

Gavira: ¿Y todo está preparado?

Diéguez: ¡Todo! Tenemos listos testigos y testimonios. El juicio debe de ser rapidísimo.

Gavira: [Tomándolo del brazo.] Entonces, vamos a entrar. Nos espera un día de trabajo.

Diéguez: [Deteniéndose.] Yo no pienso asistir al juicio. Estaré en mi despacho por si algo se les ofrece. Me daré una vuelta más tarde. Adentro están las pruebas y los testigos.

Gavira: [Asombrado.] ¿Se me va?

Diéguez: Sí, General Gavira. [Diéguez se coloca el kepí y serio saluda al General Gavira y sale con decisión. Gavira asombrado lo ve irse, luego sube las gradas, cruza el vestíbulo y desaparece detrás de las cortinas del fondo. Por el lado izquierdo del proscenio entran las señoras Revilla, Seijas y Galván. Las acompañan los abogados Gómez Luna y López Hermosa.]

Señora Revilla: Vamos a esperar aquí, abogados. El General Diéguez me aseguró que podríamos hablar con el prisionero antes de que entrara al teatro.

Señora Galván: ¡El aire frío se me ha metido en los huesos!

Señora Seijas: ¡Mi pobre General Ángeles! ¿Cómo vendrá con este frío? El viaje lo hizo en un vagón de carga. La noche se le habrá hecho eterna.

Gómez Luna: Ya debería estar aquí.

López Hermosa: Son capaces de hacerlo entrar al teatro por alguna puertecilla de salida de actores. No creo que lo dejen comunicarse con nosotros.

Señora Revilla: Sí, estos ambiciosos son capaces de todo, con tal de asesinarlo rápidamente.

Señora Seijas: Su coche venía muy despacio por el paseo Bolívar. Alcancé a ver sus ojos detrás de los cristales del coche. ¿Los vieron? ¿Vieron los ojos de las gentes en las aceras, esperando como nosotros?

Señora Galván: Yo no pude ver nada... no quise...

Gómez Luna: No hay que desesperar. Haremos que de esta farsa surja la verdad y el Gobierno tendrá que retroceder.

López Hermosa: No podemos aceptar que la Revolución se haya convertido en la voluntad homicida de un ambicioso.

Señora Seijas: ¡La gente se arremolina! [Se oyen gritos de ¡Viva el General Ángeles! que vienen de las calles adyacentes. Rumores de que la multitud trata de desbordar a la valla de soldados que la contiene. Entra Felipe Ángeles escoltado por soldados y por el Coronel Bautista. Viste una camisa vieja y unos pantalones viejos de mezclilla destenida. Calza unos zapatos de tennis muy gastados. Lleva dos libros bajo el brazo.

Es moreno, delgado y alto. Las señoras y los abogados avanzan a su encuentro.]

Señora Revilla: General Ángeles, me voy a presentar: Soy la Señora Revilla y vengo con las señoras Seijas y Galván, enviadas por los comités Pro-Felipe Ángeles, para ayudarlo en su defensa.

Ángeles: [Haciendo una reverencia a las señoras.] Queridas señoras.

Señora Revilla: Los abogados Gómez Luna y López Hermosa, de la barra de abogados de Chihuahua. [Felipe Ángeles estrecha las manos de los abogados.]

Gómez Luna: Es un honor, General Ángeles.

López Hermosa: General Ángeles, soy su servidor.

Ángeles: No sé cómo agradecer tantas bondades. En momentos así descubre uno cuánta gente buena hay en el mundo.

Señora Seijas: ¡Verlo así, general, rodeado por una escolta, como un delincuente!

Gómez Luna: De manera muy distinta lo había recibido a usted Chihuahua.

Señora Galván: [A la escolta.] ¡Esbirros! ¡No les da vergüenza hacerle esto al vencedor de la Revolución?

Señora Revilla: Pero ya ve usted, general, que Chihuahua entera ha salido a su encuentro, sólo que ahora todos estamos tristes, no es como antes.

Ángeles: Aquellos eran los días de la libertad.

Señora Seijas: ¡Con este frío y no tiene usted ni siquiera una guerrera!

Bautista: Pueden subir al teatro, allí está más recogido, siquiera no sopla el viento.

Ángeles: Aunque ya me estoy haciendo viejo, todavía el frío no me pega. El aire de la sierra de Chihuahua curte. Ya me hacía falta después de los años de destierro. Se pierde la costumbre de la vida a campo raso. [Se rie.]

Señora Seijas: ¡Me muero de frío!

Ángeles: ¡Vamos, vamos adentro! [Ángeles, Bautista, los abogados y las señoras, suben las gradas y entran al vestíbulo del Teatro de los Héroes.]

Señora Revilla: Le tengo noticias de su familia, general. Su hijo Alberto hace gestiones desde Nueva York y su hija Isabel ha enviado un telegrama a la hija de Carranza, que desgraciadamente ha quedado sin respuesta.

Ángeles: ¡Pobres niños . . .!

López Hermosa: No contestará, tiene la mudez del ídolo.

Señora Seijas: Su hermano está tratando de cruzar la frontera, viene con los abogados.

Angeles: No los dejarán pasar.

Gómez Luna: General, aquí en la ciudad, somos muchos los abogados que queremos defenderlo.

Angeles: Señor Gómez Luna, no creo que mi problema sea un problema de abogados, sino el de un destino ya determinado.

Gómez Luna: ¡General, su caso es un caso de justicia! ¿Para qué servimos los abogados, sino para defender a los inocentes?

Angeles: Yo, abogado, creo que todos somos inocentes y todos somos culpables. Es decir, que vamos empujados por un mismo destino que entre todos hemos convocado.

Bautista: [Interviniendo.] Sólo que unos son los ganadores y otros los que pierden.

Angeles: No, coronel, aquí no hay ganadores. Aquí todos hemos perdido por parejo.

Bautista: ¡Hum...! Aunque ahora que lo traía yo por esas calles con tanta gente... no sé... no me parecía llevar a un perdedor. Tal vez tiene usted razón, general.

Angeles: ¿Ve, coronel? ¿Ve cómo todo se ha vuelto ambiguo? El triunfo, la derrota, y es que no era éste el triunfo que esperábamos.

Gómez Luna: El pueblo sabe que usted es inocente, general, y cree en usted. Por eso ha salido a recibirlo como a un triunfador.

López Hermosa: Para nosotros salvar su vida es un deber, general. Sabemos como el pueblo de Chihuahua, que no hay delito que perseguir, y que sólo se trata de una venganza personal. Carranza no le perdona su carrera, su limpieza y su prestigio. Usted representa un enemigo demasiado brillante y además un enemigo al que no le interesa el poder personal. Él en cambio sólo persigue erigirse en tirano.

Angeles: Por eso debo morir mañana al amanecer, entre las cinco y las siete de la mañana y nada podrá salvarme... Y lo que es más triste es que mi muerte no cambiará la suerte de mi pueblo.

Señora Revilla: Entonces, ¿no cree en nosotros? ¿No cree en nuestra defensa, general?

Angeles: En ustedes es en lo único que creo, señora, y por ustedes volví a México, pero sé que todo lo que hacen por mí es inútil. Ni siquiera este Consejo de Guerra, si me fuera favorable, podría cambiar mi suerte. Y si el mundo entero pidiera mi vida, también sería ejecutado. Así lo ha resuelto un hombre sentado en el principio de la infalibilidad del poder personal. Contra ese principio combatimos todos con las armas en la mano y ahora reaparece en un hombre nuevo, que no va a permitir que se le combata ni con las armas, ni con la palabra.

La sangre está todavía muy fresca, la memoria intacta y el origen del poder, dudoso.

Gómez Luna: No sea pesimista, general. No olvide que Carranza se juega todas sus cartas sucias a la palabra legalidad. Ahora quiere asesinarlo con el simulacro de la legalidad. Para eso ha organizado este juicio en lugar de ordenar el crimen en un paraje obscuro.

Ángeles: Carranza equivoca las palabras para disfrazar los hechos, por eso es peligroso. Nunca ha estado dispuesto a asumir el origen secreto y verdadero de sus actos, es decir la verdad. Y en este caso la verdad es que uno de nosotros dos debe morir, porque somos incompatibles, aunque la muerte de cualquiera de nosotros dos signifique el naufragio de los principios por los cuales peleó el pueblo. Miente para ocultar que él y yo no peleamos por los mismos principios y que somos antagonistas. Él cree que la revolución es un medio para alcanzar el poder absoluto y yo creí que era un medio para exterminarlo. Hay destinos paralelos, abogado, el de los adversarios, el de los héroes, el de los amantes, el del criminal y la víctima, y su relación es tan íntima, que a veces escapa hasta a los mismos protagonistas.

Señora Revilla: Su sangre ahogaría a Carranza, general.

Ángeles: Tal vez es mi sangre la que necesita Carranza para ahogarse. Tal vez desde el primer día así lo vimos los dos. Somos dos principios frente a frente y si uno de ellos es asesinado ahora, el otro lo será, automáticamente. El arma de la tiranía dispara por la boca y por la culata. No se puede arrancar a los demás un privilegio, sin perderlo uno mismo; ni se puede privar a los demás de la libertad, sin perderla uno mismo; ni se puede impartir el terror, sin estar poseído por el terror. Tampoco se puede matar sin entrar en el terreno del crimen y armar la mano del que después nos va a asesinar. Cometer crímenes desde el poder es abrir la era de los asesinos, por eso ahora al cruzar las calles de esta ciudad, un tumulto de hombres y de rostros caídos en combate o ante los pelotones de fusilamiento me seguían diciéndome: "nada ni nadie impedirá tu muerte, Felipe Ángeles, porque el principio que alimentaba tu vida ha muerto... quizás el destino de las revoluciones..."

Gómez Luna: La ley no acepta la fatalidad, general. La ley tiene la facultad de salvar a un hombre de una muerte injusta.

Ángeles: La muerte de un hombre, abogado, es algo determinado desde antes de su nacimiento.

López Hermosa: No acepto sus razones para morir, general.

Ángeles: Los destinos secretos de la muerte nadie los conoce.

Además, la muerte es el único privilegio privado que acepto . . . cada uno muere de su propia muerte. [Ángeles se ríe.]

Señora Seijas: No digo eso, general.

Ángeles: [Seriо.] No quiero que nadie se aflija por mí, señora.

Yo soy el que debe llorar por todo lo que no hice por ustedes cuando pude hacerlo. Muchas veces vi morir a mis hombres, ¡pobres soldados del pueblo, que con las piernas tembadoras avanzaban hacia la muerte . . .! y no lloré por ellos a pesar de pedírmelo mi corazón porque creía que se debía morir por algo superior a nosotros. Y ahora, aunque a mí también me flaquean las piernas, debo morir como mis hombres, a pesar de que muero por algo inferior a lo que ellos murieron . . . gracias a mis errores.

Gómez Luna: Usted, general, no tiene la culpa del fracaso de la Revolución. Los ideales son maleables dependen de las manos de quienes los manejan. Después de todo las ideas se traducen en palabras y las palabras se aplican a veces a realidades que no corresponden a ellas, para ocultar las verdades. Eso es lo que sucede ahora, general, se han invertido los valores por los que usted peleó, mientras se sigue usando el mismo lenguaje por el que usted peleó. Nosotros lo sabemos y estamos con usted.

López Hermosa: Y nosotros vamos a pelear por su vida, aunque esta sea la última batalla que demos.

Ángeles: Ahora ya todo es igual, abogado, la batalla la perdimos. Esta ciudad, la más leal a Madero, lo sabe. Por eso sus calles me veían pasar con tristeza: "¿Y en esto acabó todo, General Ángeles?", me decían.

Gómez Luna: Entre todos podemos encontrar una respuesta diferente, para eso estamos aquí.

Ángeles: ¡Ah! ¡si pudiera empezar de nuevo! ¡Volver a aquel 20 de noviembre! Tal vez encontraría un final diferente. Pero quizás es mejor así. Quizás ningún triunfo es fecundo y sólo la derrota está libre de compromisos, no hay con quien pactar, ni siquiera con uno mismo. Necesitaríamos sangre otra vez para lavar a las palabras manchadas por los traidores y hacer que floreciera la verdad . . . pero tal vez toda revolución está condenada a una mentira final: la del que queda con el triunfo en la mano, porque ése antes ya recorrió el largo camino de la intriga y el crimen, y miente para ocultar que sus fines son personales y sus intereses opuestos a la Revolución. Eso, abogado, es inconfesable, y cada vez que alguien se lo recuerde, se verá obligado a asesinarlo. ¿No ve, abogado, que un revolucionario en el poder es una contradicción? ¿Y que asesinar a los revolucionarios en el nombre de la Revolución es una

consecuencia de esa misma contradicción?

López Hermosa: Eso lo debemos probar ante el Consejo de Guerra.

Ángeles: Los miembros del Consejo lo saben mejor que nosotros, y como lo saben se sienten en peligro. Muchos de ellos desfilaron pronto ante un pelotón de fusilamiento. Déjelos ahora, que se embriaguen con palabras que han perdido su sentido y que van a emplear ahora para matarme. Ellos saben el peligro de usar un lenguaje determinado para situaciones cambiantes: las palabras se convierten en armas, que se vuelven contra nosotros mismos. Y más tarde el pueblo, hasta que lleguen a significar exactamente lo contrario de lo que significaron en su origen, y el Estado se convierta en un monolito enemigo, que asesina a todo aquello que se opone a su poder.

Gómez Luna: Si usted hubiera tomado el poder, no estaríamos ahora metidos en esta maquinaria infernal.

Ángeles: ¡No lo sé! Al poder hay que llegar puro, como llegó Madero, o no hay que llegar. Por eso la Convención pidió elecciones libres y exigía a un civil, pero los cañonazos de cincuenta mil pesos hicieron un efecto más mortífero que los cañonazos de Zacatecas . . . ¡Y pensar que todo pudo ser hermoso! [Se produce un silencio.]

Señora Revilla: Prométanos, general, que va a pelear por su vida. O cuando menos concédanos que la peleemos nosotros.

Ángeles: [Sonriendo.] Señora, yo no he hecho en mi vida otra cosa que pelear. Le prometo seguirlo haciendo hasta que muera. Usted, abogado, ayúdeme a dar esta batalla inútil. [A Bautista.] Coronel, estoy a su disposición.

[Felipe Ángeles se inclina y besa la mano de las señoras Seijas y Galván, se detiene unos instantes frente a la Señora Revilla y luego le besa la mano con respeto.]

Señora Revilla: Yo estaré en el teatro. Yo, como la ciudad, me veo en usted y su muerte y su vida son las mías. De aquí en adelante nada nos separará, ni las acusaciones, ni las balas.

[Felipe Ángeles suelta dulcemente la mano de la Señora Revilla, la mira con tristeza, se vuelve a Bautista, luego a Gómez Luna y a López Hermosa.]

Ángeles: ¡Señores, estoy a sus órdenes!

Gómez Luna: Apenas si tenemos tiempo. [Ángeles, Bautista, Gómez Luna y López Hermosa, se dirigen al fondo del vestíbulo, mientras cae suavemente el telón.]

Telón